

BURGOS 2025
DÍA DEL PÍNFANO
CONCURSO DE RELATOS



UNA TARDE DE CINE

Francisco Antonio Álvarez López

Sucedió una y cien veces, allá por los años de mi internado en el Colegio de la Milagrosa en Padrón (La Coruña) y durante los años que transcurrieron entre mil novecientos cincuenta y siete hasta mil novecientos sesenta y uno; durante las tardes de paseo, suspendidas por la meteorología adversa de nubes cobrizas y aguas imprevistas.

El cine, por estos años, iba adquiriendo protagonismo en la sociedad española. A pesar de la leyenda negra y de pecado, que había soportado en años anteriores. Un tal padre Ayala, llegó a comentar que “El cine es la calamidad más grande que ha caído sobre el mundo desde Adán a acá. Más calamidad que, el diluvio universal”.

No exageremos, reverendo que el cine también es un medio muy importante para divulgar los valores patrióticos, cristianos y sociales. Tanto es así, que el Generalísimo de nuestra España “Una, grande y libre” fue el guionista de la película, dirigida por Sáenz de Heredia que llevaba por título “Raza”. Esta, faceta literaria del Caudillo, era poco conocida por el vulgo, poca gente conocía que tras el seudónimo de Jaime Andrade, Franco, diseñó la historia de una familia ideal y quién sabe si este perfil familiar es el que el general hubiera deseado tener.

La película, fue estrenada en el Palacio de la Música de Madrid, el cinco de enero de mil novecientos cuarenta y dos, a bombo y platillo muy al estilo de los actuales festivales de cine. Tal fue, el entusiasmo del Caudillo, por la maravilla creada que, decidió realizar una segunda versión en mil novecientos cincuenta, aunque en este caso el título había variado ligeramente siendo el nuevo “El espíritu de una raza”. Películas patrióticas a las que se sumaron otras, a nivel nacional, “Harca”, “Escuadrilla”, “El abanderado”, “A mí la legión”, “Yo tenía un camarada”, “Boda en el infierno”, etc.

En otro ambiente ya más frívolo y con distinto contenido, películas como “El último cuplé” dirigida por Juan de Orduña e interpretada por la sensual e incombustible Sarita Montiel arrasaba y llenaba las salas de cine.

También “Los jueves milagro” dirigida por Luis García Berlanga. Pero quien realmente se llevó el protagonismo en la dirección de películas y promoción de personajes fue Cesáreo González, creador del estilo de las folclóricas.

Lola Flores, Carmen Sevilla, Paquita Rico, Marujita Díaz, Amparo Ribelles etc. No nos debemos olvidar, de la niña que llevaba por nombre artístico Marisol, el amor platónico de muchos internos, por todos recordado, un verdadero boom social. Pero el fenómeno cinematográfico que arrasaba, en una España necesitada de humor y banalidades, eran las películas interpretadas por la pareja cómica “El Gordo y el Flaco”, dos actores sin parangón alguno, eran dos niños grandes.

El gordo era Oliver Hardy, actor norteamericano, y el Flaco lo interpretaba, Stan Laurel actor inglés. Ambos formaban una pareja incomparable que aportaban esa dosis de sencillez, optimismo y risa, tan escasa en la sociedad española en los años de la posguerra. Pues bien, pasemos de la historia del cine a la realidad de su ejercicio en el seno del Colegio de la Milagrosa en Padrón. Lo dicho, hoy es tarde de paseo y como no podíamos salir a pasear serpenteando la larga fila de niños agarrados de la mano, por los montes y calles de Padrón y pueblos de alrededor pues... ¡Vamos al cine! Por supuesto, sin salir del internado. Antes había que montar la sala en el lugar escogido, el dormitorio y en la parte que no había camas. Mejor sitio, imposible. En el frente la pared como pantalla, en el centro el patio de butacas ocupado por los internos y en la parte trasera y sobre una silla la cámara de proyectar, a su mando y control, Sor Rosario, experta en proyecciones y arreglos diversos. Todo está preparado, entre los asistentes sentados sobre el suelo de recia madera, se hace el silencio, Sor Rosario solicita. ¡Apagad la luz!

Comienza la proyección de una de tantas películas del Gordo y el Flaco, todo va milagrosamente bien, en pantalla una persecución donde los protagonistas, corren alocadamente para escapar del policía, que con porra en mano, les

persigue a ambos, mientras que por otro lado el gánster que pretende aniquilarlos los acosa con total maldad; en sus carreras desenfrenadas, sufren caídas, se dan golpes improvisados con puertas, farolas, coches etc.

Por parte de los asistentes, surgen risas e imitaciones improvisadas, la tarde es divertida. Pero... en un momento determinado un ruido ensordecedor invade la sala de proyección... ¡Rarararararara...! Sucede lo peor, una avería en el proyector, hace que la cinta salte, que el sonido y la imagen se distorsionen y ambos efectos unidos hacen que ver y oír la película sea imposible.

Hartazgo general ya que los internos han visto la película varias veces, tantas como averías aparecen, además los niños estaban ubicados de forma incómoda y posturas forzadas, apretados a su vez como sardinas en lata, es obvio que de no reparar en breve la avería, la sesión y el silencio no durarán gran cosa. No obstante la obstinada monja, se pone manos a la obra, para solucionar el entuerto lo antes posible. Antes vocifera, una nueva orden y grita desde el fondo de la improvisada sala. ¡Encended la luz!

Durante esta interrupción, los internos pasan del silencio al murmullo, del murmullo al bullicio, del bullicio a la algarabía y de esta al total descontrol del orden, es decir al follón. A pesar de todo, la monja, ayudada por algún que otro interno, se esmera y logra solucionar el problema, nuevo grito de la monja. ¡Silencio, apagad la luz!

Se reinicia la proyección que ahora transcurre entre risas y el silencio, pasados unos minutos surge una nueva avería, esta vez más grave, se ha roto la cinta, nueva orden de la religiosa. ¡Encended la luz!

Los internos, conocedores de la repetida historia de otras tardes de cine, retoman su natural alboroto. Mientras tanto, la voluntariosa religiosa, con cierta habilidad ha pegado con acetona las dos partes de la cinta y problema solucionado. La monja, ante el alboroto está, al borde de un ataque de ner-

vios, emite un desgarrado y espeluznante grito. ¡Callaos! Y ordena de nuevo. ¡Apagad la luz!

Se reinicia la proyección por tercera vez, las conocidas imágenes y diálogos de la película que los internos conocen hasta la saciedad, comienzan a ser repetidas por los espectadores de forma casi idéntica a las voces de los actores. Al principio en tono original y gracioso, para más tarde de forma colectiva y en plan gamberro, con lo que el dormitorio, habilitado como sala de proyección, se convierte en una jaula de grillos. La paciencia de la monja y con ella la sesión está tocando a su fin. Nuevo mandato. ¡Encended la luz!

La luz es encendida, la monja, muy alterada y decidida se abre paso entre los internos para dirigirse los más próximos a la zona donde se encuentra la pantalla o dicho de otra forma la pared. En su caminar, pasa entre las filas de niños que continúan sentados sobre el suelo, se coloca delante de ellos, con las manos apoyadas en la cadera, la cara sonrojada, el gesto irritado, desafiante y escudriñando con los ojos al soliviantado público, fuerza de nuevo la voz y en grito comenta. ¡Os juro, por Dios, que os calláis o se acaba el cine!

Parece que ha dado resultado la amenaza. Silencio absoluto, la monja, crecida de ánimo, y de nuevo en su sitio, ordena por enésima vez. ¡Apagad la luz!

Los internos, en silencio y resignados se disponen a ver por cuarta vez el repetido pasaje de la película. De nuevo, salta la imagen, no se puede ver nada, algunos internos ya aburridos de tanta interrupción comienzan a hacer el ganso, a pelearse a tirarse objetos los unos a los otros, a explotar los globos de los chicles que mascan y que durante semanas conservan pegados debajo de la solapa del trapillo.

Es tal el jaleo que la monja, ya desesperada y harta de servir a los alumnos que por lo que se adivina no les interesa la película, manda encender la luz, mientras muy malhumorada, pega un tirón al cable para desenchufarlo, con un grito espeluznante que denota que su paciencia se ha agotado, más por el lamentable estado de la cinta que, por el jaleo que montan

los internos. La religiosa, ya fuera de sus casillas, comienza su particular ataque...

¡Tú! Acusadora, señala con el dedo amenazador a un interno. Que es el único que se encuentra de pie apoyado sobre el radiador debido a que presenta una de sus rodillas herida y aparatosamente vendada. El señalado, sonríe, la monja se enfada aún más.

¿De qué te ríes? ¡Sinvergüenza! El interno, contesta sin poder contener la risa... De nada Hermana de nada.

Momento, en el que, los compañeros de al lado, contagiados por la risa del acusado, rompen a reír. La situación, se agrava por momentos. La monja, no aguanta más y se dirige hacia el lugar donde se encuentran los risueños internos, abriéndose paso entre los aposentados niños, dispuesta a sacudir estopa, pero los nervios por un lado y lo abarrotado del lugar por otro, hacen que la religiosa en su carrera tropiece con las piernas de uno de los internos que permanece sentado sobre el suelo de madera.

La monja, pierde el equilibrio y se viene abajo estrepitosamente, cae sobre un grupo de alumnos. Estos, en el intento de evitar su caída, levantan los brazos y sostiene a la monja casi en el aire. La religiosa, con toda la dignidad que exige el momento, hecha un manojo de nervios y malhumor, se tranquiliza, adquiere la verticalidad, recompone su maltratada figura, se coloca la corneta derecha, se sacude el delantal y de pie entre los callados y sorprendidos alumnos exclama... ¡Hay que ver! ¡Vuestras madres tan tranquilas! y yo aquí peleando con los bárbaros de sus hijos. Se lamenta... ¡Madre del amor hermoso que paciencia hay que tener! Y se resigna... ¡Sea todo por la Virgen Inmaculada!

Es cierto, mérito pero que mucho mérito, había que tener para meterse en la jaula con ciento cincuenta leones aburridos y hambrientos de diversión e intentar dominarlos sin látigo alguno; al final se acaba perdiendo la paciencia el sentido común la dignidad y como no podía ser menos, la sesión de cine, ésta, toca a su fin.

La monja, desaforada grita hasta desgañitarse. ¡Callaos! ¡Silencio! Acto seguido amenaza de nuevo. ¡Así que no os calláis! ¿No queréis sesión de cine? Y pregunta retadora. ¿Verdad? ¡Pues lo habéis conseguido! ¡Se acabó el cine por hoy! Y añade malhumorada. ¡En vista que la película no os gusta, vamos a hacer una cosa mejor! ¡Castigados! ¡Todos a sus clases, hasta la hora de la cena! ¡Vamos a rezar el rosario! ¡Seguro que os gustará más! ¿De acuerdo?

Y tan de acuerdo más vale santificarse que soportar una sesión de cine. Agradecidos los internos abandonaron el dormitorio y la monja también.